

sar como víctima al altar del sacrificio y nadie la arrancó de él, nadie detuvo la mano del victimario.

Pues que esperaban que fuese? No pueden ustedes haber olvidado quién es su padre, quién su madre...

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas al recuerdo de la madre de Soledad; le pareció ver la figura repugnante, de rostro amarillento como de marfil viejo y la mueca que contraía la boca desdentada cuando aquella mujer estaba borracha.

—Es triste, continuó: sus abuelos, sus tíos, sus padres, toda una generación de alcoholizados! Y su padre? Oh! ese hombre de malas entrañas! ¡Pobre Soledad! ha pasado toda su vida entre malas é irresponsables gentes, como ella. Ustedes no pueden haber olvidado los horribles *patios* en que ha vivido.

—La herencia, el medio y ¿todavía la acusáis? ¿Acaso la habéis ayudado? ¿Y pensar que mirábamos esto con la misma indiferencia con que se ve consumir una infamia en el escenario desde la luneta de un teatro?

Yo quise tenderle mi mano, pero aquí destruyeron mi buena obra. Os desprecio y yo también me desprecio por mi debilidad. Y ahora ustedes son las primeras en anatematizarla? Oh! tía Luisa, me parece ver á usted esta mañana bajando del comulgatorio con los ojos bajos y las manos puestas pensando que traía en su corazón á aquel Jesús que dijo á los que perseguían á la mujer adúltera: «el que de vosotros es sin pecado, que arroje la piedra el primero». Cristiana miró valientemente á la tía Luisa. Nunca como entonces le había parecido más repugnante la flaca figura, de rostro afilado; las dos trenzas en que siempre recogía su cabello le hicieron el efecto de dos malas serpientes que tentaban á su tía.

—Una cualquiera, una perdida, murmuró la joven con tono reflexivo. Pero, es que piden de ella, una estrella ó una azucena? En donde iba la pobre á beber su brillo ó su blancura? No podía sacar esto del cieno en que ha vivido.

—No te apures hermanita predicatora, dijo su hermano en tono zumbón, que yo conozco hermosas flores como el nenúfar que no toman su belleza de aguas muy puras.

—Yo también conozco personajes que pasean un gran nombre, que no ha sido sacado de lugares muy limpios.

—La que quiere conservarse honrada, aunque viva entre bandidos lo es, añadió el joven con tono displicente, mientras sus tías le sonreían aprobándole.

—No saques á relucir paradojas del arca de Noé; me das lástima. Nunca creí que hubieras tomado con tanta flema lo que aquí llaman la caída de Soledad. Creí que como eres joven y haces gala de amar lo bello, te indignaría ver que quebraran y arrojaran al estercolero una bella estatua.

Tú y los más de tus compañeros os indignaríais si os acusasen de haber arrastrado por los cabellos ó de haber abofeteado á una mujer. ¡Oh, somos caballeros! diríais enfáticamente. Os olvidáis que al perderla obráis como si cogierais un alma por los cabellos para pasarla por el polvo.

Hojea el libro de Heans Wegner «Nosotros los jóvenes» y no sonrías con desprecio al leerlo. Medita cada una de sus páginas preciosas y empa tu alma de la bondad que emana de ellas. Hazlo leer á tus amigos y aprended á levantar á la mujer caída y á impedir que otras caigan. Sed buenos y misericordiosos. Tened piedad de las mujeres, que esto hará mejor la vida de las generaciones futuras.

¿Por qué al que cae procuramos hundirlo más con nuestro desprecio? ¿Qué cuesta darle, como el extremo de un manto salvador, una palabra cariñosa á la que pueda asirse para salir del agua en que se ahoga. Quizá sólo esto necesite y habríamos de negárselo? Cristiana escondió su cara entre las manos. Tenía ante sí el rostro de Soledad, añorado, encantador, rodeado de sus crespos cortos y oscuros. Le pareció verla manchada, llorosa, á